

## Dionisio Ridruejo: del fascismo a la democracia y de la democracia al panteón.

O del buen uso de la historia

Luis Negró

Luis Negró ha sido, hasta 2010, profesor de Literatura y Civilizaciones Españolas Contemporáneas en la Universidad de Caen (Normandía). Es autor, entre otros, de El diario El País y la cultura de las élites durante la Transición (Foca, 2006) y Discurso literario y discurso político del franquismo (Foca, 2008).

Se admite comúnmente que el paso de la dictadura del general Franco al régimen democrático en España fue, si no el mejor, sí el que evitó sacudidas sociales o el recurso a la violencia por parte de los entonces llamados poderes fácticos, es decir, el entramado del poder, todavía en manos de los que lo habían ejercido durante cuarenta años. Pero para que ese paso se realizara en las condiciones en que se realizó, hizo falta que los grupos sociales que lo encabezaron aceptaran una serie de condiciones entre las que se contaba la renuncia a unas premisas que hasta entonces habían considerado como irreductibles. Los que formaban parte de la estructura de poder de la dictadura tuvieron que adaptarse a las nuevas circunstancias con vistas a continuar en el poder o tuvieron que dejar de lado, de buen o de mal grado, su obcecación en los llamados principios del Movimiento. Por su parte, la izquierda fue dejando por el camino sus reivindicaciones republicanas o su, para ella, incuestionable consulta electoral sobre la naturaleza del futuro régimen. Para el grupo social que podríamos denominar la burguesía liberal, cuyas manifestaciones habían comenzado a salir a la luz a finales de la dictadura, en publicaciones y organizaciones de diversos tipos, y que contaba entre sus miembros con disidentes más o menos explícitos del franquismo, otrora cargos importantes del régimen, lo más urgente era establecer en España una democracia liberal, como las existentes en Europa occidental, y el paso *sin ruptura* era el mejor medio de dejar intactas las estructuras económicas, que eran para ella las verdaderamente importantes; y esa burguesía, no solamente aceptaría, sino que defendería en sus medios de comunicación, la transformación política que le proponía el poder.

Este grupo es el que nos interesará aquí por diversas razones; la fundamental, porque se convertiría muy pronto en la referencia política y cultural de los valores del nuevo sistema: las ideologías *fuertes* de izquierda comenzaban a desgastarse y no tardarían en hundirse, y el partido socialista español, que llegaría pronto al poder, iría adoptando posiciones cada vez más cercanas a las de esa burguesía liberal. Ese sería también el recorrido de los intelectuales que habían ejercido una crítica radical, no solamente de la dictadura, sino más generalmente del sistema capitalista. Un ejemplo paradigmático de todo esto lo encontramos en el diario *El País*, en el que se cruzaron todas esas voces, y que fue portavoz inequívoco de la burguesía liberal que reclamaba una participación en el poder, que hasta entonces le había sido negada; participación que llegaría a alcanzar, tanto en la dirección de la economía como, y sobre todo, en el de la difusión de ideas.

Pero si el proceso de paso de un régimen a otro *sin ruptura* pudo ser visto como un éxito social, al menos a corto plazo, para que alcanzara toda su dimensión histórica había que pro-

porcionar a la empresa un significado simbólico que la magnificara e hiciera entrar a esa burguesía en la historia con los honores que, a sus propios ojos, merecía. Ahora bien, las circunstancias reales no se prestaban fácilmente a encontrar tal significación. El dictador había muerto en su cama, de muerte natural, después de cuarenta años de dirigir el país según su voluntad, y si la salida de la dictadura se hacía sin grandes rupturas, era la estructura de poder del franquismo la que imponía el camino por el que debía transitar tal salida. Mussolini y Hitler habían caído en medio del ruido y la furia del final de la segunda guerra mundial; Stalin fue condenado oficialmente por Krutchev en 1956, aunque fuera solo para hacerlo culpable de todo lo que había hecho el partido comunista; incluso la dictadura portuguesa, menos terrible que las otras y familiar a los españoles por su vecindad, había tenido su revolución, con multitudes llenando las calles de gritos de alegría y persecución de los antiguos verdugos. En España no había pasado nada de eso y no era fácil encontrar héroes, individuales o colectivos que hubieran luchado encarnizadamente contra la dictadura. Los había habido, durante la guerra civil e inmediatamente después, pero, en primer lugar, estaban demasiado alejados en el tiempo y, sobre todo, entre las condiciones impuestas para salir de la dictadura sin demasiados traumatismos, no había que «reabrir las heridas del pasado». Más cercanos en el tiempo, los comunistas habían resistido al franquismo, contra viento y marea, afrontando encarcelamientos, torturas y jugándose la vida en ello; pero ni los comunistas, si querían tomar parte en el proceso de democratización, podían reivindicar esa lucha, ni la burguesía liberal que pretendía capitanear el proceso podía recurrir a una simbología marxista que le era, no solamente opuesta, sino hostil. Había que encontrar un símbolo o una serie de símbolos que no hirieran muchas sensibilidades y se pudiera así allanar el camino para que el país no volviera a meterse en un callejón sin salida, como en 1936, que era la idea que el poder había llegado a imponer. Y la solución no tardaría en presentarse; de hecho, ya se venía preparando desde los años finales del franquismo.

Durante la etapa final de la dictadura, algunos estudiosos de la cultura española de la posguerra habían dado en denominar *falangistas liberales* al grupo de intelectuales promotores de la revista *Escorial*, dirigida por Dionisio Ridruejo y Pedro Laín Entralgo, que no tenía nada de liberal, como puede apreciarse leyendo el manifiesto que encabeza su primer número, en noviembre de 1940. Frases como «El Régimen [de Franco] bien justificado está por la sangre», o conceptos como «nuestra Revolución y el Movimiento que la conduce» expresaban de forma inequívoca el campo ideológico en el que se situaba la revista, el flamante fascismo del recién estrenado nuevo régimen; pero ello no impidió que, durante la Transición, el oxímoron *falangistas liberales* fuera empleado ampliamente por comentaristas y estudiosos de la cultura española.<sup>1</sup> Desde su aparición, el diario *El País*, convertido en portavoz del nuevo liberalismo, que contaba entre sus fundadores y colaboradores importantes con algunos de esos *falangistas liberales* a los que nos venimos refiriendo, pondrá como modelo de civismo, como ejemplo de los valores encarnados en esa forma de transición política sin traumas sociales, al más significativo de entre ellos, porque era el más conocido por su recorrido personal durante el franquismo, y además presentaba la ventaja de haber muerto unos meses antes que el dictador: Dionisio Ridruejo (un muerto no puede desmentir con palabras, actitudes o comportamientos la estatua que se intenta erigirle, y sus escritos son siempre susceptibles de lecturas interesadas).

1. Cf. El artículo de Santos Juliá «¿Falange liberal o intelectuales fascistas?», *Claves*, n.º 121, abril 2002 (accesible en Internet).

El 12 de mayo de 1976, es decir, ocho días después de que comenzara a publicarse, el periódico dedicará una gran parte de su sección Cultura a la aparición del libro *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, en el que han colaborado hombres políticos y escritores conocidos. Un año después, el diario volverá a ocuparse de él, con amplios y elogiosos artículos de plumas conocidas. En 1981, pasada la sacudida del intento frustrado del golpe de Estado, Juan Luis Cebrián, director entonces del periódico, dirá, refiriéndose a Ridruejo que «es el símbolo de la defensa de las libertades y de la solidaridad entre los españoles». <sup>2</sup> Y, supremo elogio, viniendo como viene de la pluma del intelectual liberal más prestigioso y respetado de la época, José Luis López Aranguren, quien, volviendo a las referencias de su juventud, en un artículo titulado «La ausencia de Dionisio Ridruejo, hoy», escribe: «¿(...) puede compararse al machudo Blas Piñar y a los militares del golpe, que tratan de escurrir el bulto, con la gallardía juvenil de José Antonio? Durante los primeros tiempos de la guerra, en la zona llamada nacional, a éste, por no dar a conocer la noticia de su muerte, se le denominaba el Ausente, manteniendo así la esperanzada ilusión de su futura presencia. Quizás no está mal desempolvar de cuando en cuando viejos mitos; nuestro ausente de hoy podría ser Dionisio Ridruejo». <sup>3</sup> De hecho, el periódico no hace más que amplificar y comentar los actos del nuevo poder democrático en su tarea de distinguir al político/poeta desaparecido. En junio de 1977, se había inaugurado en la Biblioteca Nacional una exposición con el título *Presencia de Dionisio Ridruejo*, y, en junio de 1981, el ministro de Justicia, el socialdemócrata Francisco Fernández Ordóñez, presentaba al público el Centro de Estudios Dionisio Ridruejo.

La pregunta cae por su propio peso: ¿quién es o qué hizo Dionisio Ridruejo para merecer ser tomado como modelo o símbolo de libertad, en un momento en que la sociedad española está aprendiendo la libertad después de vivir un largo período sin ella? Había pasado de ser un jerarca del fascismo a fundar un partido denominado Acción Democrática, por lo que era considerado por algunos de sus antiguos camaradas como un traidor, por otros, que se habían alejado tímidamente del franquismo, como un hombre valiente que fue capaz de enfrentarse con el dictador, como ellos no supieron o no quisieron hacer, y por los terceros, como hemos visto, como un ejemplo de demócrata. La figura se resiste, pues, a una categorización unívoca, y eso es lo que va a hacer posible que su recorrido entre esos dos polos contradictorios de su vida sea propuesto como modelo en una sociedad que está efectuando un recorrido similar.

Lo primero que salta a la vista en la biografía del personaje, aunque solo sea por la cantidad de referencias y fotos que ilustran los primeros años del régimen franquista, es su radical fascismo en los años treinta y primeros cuarenta del pasado siglo: aparece a menudo en ellos vestido con impecables uniformes blancos, cubierto con fantásticas capas o en mangas de la camisa azul que los españoles copiaron a los nacionalistas italianos, <sup>4</sup> arengando a muchedumbres o en compañía de otros jerifaltes en el Berlín nazi. En los libros sobre el fascismo se lee que se encontraba en el círculo de José Antonio Primo de Rivera que fundó Falange Española y que fue, con Rafael Sánchez Mazas, uno de los principales creadores de la retórica falangista que sumergió a España durante décadas, desde la escuela primaria a todo tipo de acto público. Una vez terminada la guerra civil en España, será uno de los fundadores de la *División Azul*, que, a las órdenes de Hitler, combatirá con la *Wehrmacht* en Rusia, en el frente de Leningrado. De vuelta a España por

2. *El País*, 4 de junio de 1981.

3. «La ausencia de Dionisio Ridruejo, hoy», *El País*, 29-IX-1981.

4. En un artículo publicado en el diario ABC de Madrid, el 3 de febrero de 1923, Rafael Sánchez Mazas, corresponsal entonces del periódico en Roma, escribe: «Federzoni, con Conradini, con Coppola, con Alfredo Rocco, forman el estado mayor de los gays camisas azules, acaudilla el haz parlamentario del nacionalismo». Siendo, como fue, Sánchez Mazas uno de los inventores del fascismo español y fuertemente influenciado por el italiano (como se puede ver en sus textos de la época), parece lógico que pensara en esas camisas azules para Falange, lo que lo acercaba y lo distinguía al mismo tiempo de las camisas negras de Mussolini.

razones de salud, en 1942, se enfrentará con Franco porque éste no gobierna según los principios fascistas que parecía invocar en los años de guerra, cuando era apoyado por Hitler y Mussolini. Franco lo desterrará al extremo sur de España (Ronda, en la provincia de Málaga) y desde ese momento se apartará del poder, aunque seguirá en la órbita de los círculos del partido único (de FET y de las JONS). A partir de 1956, cuando pase por la cárcel después de las primeras revueltas estudiantiles desde la guerra civil, en la organización de las cuales participa, creyendo todavía que el régimen puede transformarse desde dentro, empezará el proceso que lo lleve, pasando por destierros y por cárceles, a concebir la democracia como la única forma lícita de gobierno. Del grupo de hombres que engendró el franquismo, pasó a ser uno de sus más conocidos detractores. No fue el único antiguo militante fascista que daría ese paso, pero sí el que lo hiciera de forma más radical, exponiendo, si no su vida, sí su tranquilidad y su carrera personal. A partir de esa indudable valentía e integridad moral se va a forjar la imagen modélica de la lucha contra la dictadura, se va a establecer el ejemplo a seguir para elaborar la nueva democracia, después de la muerte del dictador.

Como toda imagen que se quiere presentar como modelo, lo primero que hay que hacer con ella es despojarla de cualquier claroscuro que pueda empañar su ejemplaridad, tarea aquí doblemente difícil, ya que no solamente la parte oscura del personaje, desde el punto de vista de la sociedad que lo reivindica como modelo, es demasiado evidente, sino porque Ridruejo, escritor además de hombre político, produjo numerosos textos con la explícita voluntad de mostrar y analizar su recorrido ideológico. A esos textos vamos a asomarnos para intentar ver lo que dice o no dice y cómo han sido después leídos con una evidente voluntad hagiográfica.

El más significativo de ellos *Casi unas memorias*, publicado por primera vez en la editorial Planeta, en 1976, está formado por conjunto de artículos aparecidos en la revista *Destino* de Barcelona a principios de la década de 1970. Existe una segunda edición, que vio la luz en 2007, ligeramente diferente.<sup>5</sup> Se trata de un conjunto de textos cuya principal finalidad es, según su autor, trazar y hacer comprender el recorrido vital que lo llevó del fascismo de su juventud a la militancia democrática de la madurez, cuya última justificación sería que tal recorrido vital, siendo como es el de uno de los protagonistas de la guerra civil –al mismo tiempo político e intelectual, director, nada menos, que de la Propaganda del nuevo Estado– y del régimen que salió de ella, puede ayudar a comprender esa parcela de la historia de España.

Lo primero que evidencia el texto, explícitamente, es la voluntad de llamar a las cosas por su nombre; en ningún momento trata de escamotear con eufemismos su adhesión al fascismo: «Se me ha preguntado más de una vez si los falangistas de 1936 éramos fascistas. Siempre he contestado afirmativamente» (pág. 234). Y no solamente se califica como fascista, sino que muestra que sabe lo que eso significa, como queda claro en una anécdota referida a José Antonio Primo de Rivera, quién a la vista de una manifestación del Frente Popular, que acababa de ganar las elecciones en febrero de 1936, comenta que «con un par de tiradores una manifestación como esa se disuelve en diez minutos», y la conclusión de Ridruejo no ofrece ningún equívoco: «Tales reacciones –escribe– eran una especie de test útil para disuadir a los que niegan el carácter necesario y visceralmente derechista y reaccionario del movimiento falangista» (pág. 156). Treinta años después, sus ideas y su

5. La primera edición aparece en Barcelona, en la editorial Planeta en 1976. Aquí usaremos la de 2007, *Casi unas memorias*, Ediciones Península, Barcelona, diferente de la primera no en cuanto al contenido, sino en lo que se refiere a los artículos incluidos. En esta edición se suprimen algunos artículos y se incluyen otros textos ausentes en la de 1976, como «Un relato de infancia», por ejemplo. Las páginas que aparecen a continuación entre paréntesis, corresponden a esta edición.



militancia fascista de entonces, lo que él llama «juego de espejismos» (pág. 254), le parecerá un error («porque me equivoqué», pág. 38), que le procura una «pesadumbre parecida al remordimiento» (p. 411), una «mala conciencia» (pág. 392) que lo lleva al arrepentimiento: «tengo mucho que arrepentirme de lo que entonces hacíamos» (pág. 260).

La voluntad de no ocultar ninguna etapa del camino que lo ha llevado del fascismo a la democracia es, pues, clara, y parece no querer, no solamente ocultar, sino tampoco tergiversar o difuminar ninguna parte de su biografía política. Pero la auto-lucidez llega hasta dónde puede llegar, sin poner en peligro la integridad de la propia persona ante sus propios ojos, a lo que hay que añadir la lealtad que Ridruejo no deja de declarar hacia las amistades que en su época fascista forjó con muchos de los hombres con los que estuvo en Falange, hizo la guerra o compartieron con él altos cargos en la dirección del Estado franquista. A lo que habría que añadir este comentario que Ridruejo hace en el texto sin dar más explicaciones: «no diré más de momento, puesto que no podría decirlo todo» (pág. 164).

La primera impresión que se tiene, sin embargo, cuando se ha acabado de leer *Casi unas memorias*, en la que abundan los nombres propios de mandos falangistas conocidos, es que todos ellos eran amables, inteligentes, simpáticos, algunos de una conmovedora bondad y, como mínimo, cordiales y honrados. El despacho de Ridruejo en Burgos, en plena guerra, cuando fue Director de Propaganda, frecuentado por sus más cercanos amigos y colaboradores, Pedro Laín Entralgo, Antonio Tovar, Gonzalo Torrente Ballester, etc., «núcleo –¡nada menos que el de propaganda!– fue el menos sectario de cuantos se constituyeron durante la guerra» (pág. 270), «se transformó más de una vez en tertulia literaria y en sala de lecturas y recitales» (pág. 275); José María Gutiérrez del Castillo, antiguo compañero de colegio de Ridruejo, secretario del jefe del Falange en Valladolid, «era inteligente, sensible y bueno» (pág. 173) y Ramón Serrano Suñer, tiene «una delicadez corporal de artista, dolorido, entregado, paciente» (pág. 225), y no duda en evocar como ejemplo, «incluso en público, el Estado de derecho» (pág. 286), cosa difícil de atribuir al que fuera ministro del Interior y de Asuntos Exteriores de los primeros gobiernos de Franco, notorio pro nazi según los historiadores.

A la lectura de este texto, no se imaginarían, si no se conociera la historia, los horrores perpetrados por el franquismo, la bárbara e indiscriminada represión llevada a cabo, durante y después de la guerra, contra todo lo que, de cerca o de lejos, estuviera emparentado con la República. Ridruejo es consciente de que «los falangistas se emplearon, en ocasiones con entusiasmo (...) en las terribles faenas de represión “informal” que luego los tribunales militares habían de continuar»,<sup>6</sup> pero aunque no puede negarlo, intenta no profundizar el tema, e incluso, en un arriesgado ejercicio de retórica, diluir en cierto modo las responsabilidades, cuando éstas son demasiado evidentes. Así, el militar falangista general Yagüe es «cordial y agresivo, orgullosos y de una honradez económica extrema», y aunque la matanza de Badajoz, uno de los episodios más sangrientos y bárbaros de la guerra civil, se ejecutara bajo sus órdenes, Ridruejo lo escamotea con una pirueta retórica sin mucha significación: Yagüe, escribe, «reunió en su misma carne al hombre fiero de Badajoz –cuya represión se hizo legendaria a fuerza de haber sido truculentamente real– y a uno de los ánimos más popularistas que se han dado dentro del Régimen» (págs. 293-294); y añade, como si quisiera crear un contrapeso al episodio de Badajoz: Yagüe «relanzó la palabra revolución e incluso habló claramente de cancelar las discriminaciones y corre-

6. Dionisio Ridruejo, *Escrito en España*, Madrid, G. del Toro, 1976, pág. 22 (1ª edición, Buenos Aires, Losada, 1962).

gir las persecuciones» (pág. 295). Los mandos de la Falange de Valladolid, de la cual Ridruejo fue jefe durante un corto período en 1937, con el que fuera su compañero de estudios, José Antonio Girón, uno de los hombres más violentos y reaccionarios del franquismo, jefe de unas milicias cuya «oleada represiva» contra los republicanos es sobradamente conocida y que, según el mismo Ridruejo fue «extremosa», son descritos por él como «reencarnaciones de los guerreros turbulentos que caminaban por Castilla, con tanto desprecio por la vida propia como por la ajena, allá por los siglos XIV y XV» (pág. 172); y Ridruejo evoca los «sabores –ásperos sí pero vigorizantes– gustados entre aquellas personas violentas y generosas, rudas, pero leales por lo general» (pág. 196). En una suerte de rebrote de su antigua retórica, Ridruejo diluye en la historia de Castilla, que para él y para sus camaradas falangistas había sido la imagen ideal de España, la barbarie del fascismo durante la guerra civil.

En última instancia, su visión de la marcha de la guerra podría reducirse al axioma *el fin justifica los medios*, resumida en esta frase: «Tanto por la orientación represiva como por el tipo de intenciones que manifestaban muchos de sus dirigentes oficiales, la guerra de las derechas, la guerra policial, se nos revelaba con descaro, y solamente la fe en el número, y una especie de conciencia de la mayor oportunidad histórica, nos hacía pensar que, al final, podríamos darle otro carácter» (pág. 18). Personalmente, Ridruejo se distancia de la intervención en esa represión, declarando no haber autorizado, ninguna violencia que pudiera repugnarle (pág. 19). Aunque según él hay que considerar tan severamente a los que aprobaban la represión como a los que la consentían, entre los que él se encontraba. Para completar la opinión de Ridruejo sobre este tema, citaremos un texto anterior en el que es más explícito con respecto a la represión y a su propio papel en ella: «Yo era, como todo el mundo sabe y rezan mis artículos y discursos de aquella época, un falangista de los más radicales (...). Porque lo era no podía contemplar sin preocupación política el desmesurado castigo que se infligía a la zona del país cuya total anulación dependía del triunfo exclusivo de la derecha y la imposibilidad para el falangismo de lograr una genuina expansión popular. A pesar de todo eso, queda el hecho concreto: conviví, toleré, di mi aprobación indirecta al terror con mi silencio público y mi perseverancia militante [aunque] ni directa ni indirectamente intervine en la muerte o prisión de una sola persona». El razonamiento acaba con una justificación de los medios por el fin citada anteriormente, pero aquí, Ridruejo añade un argumento usado por muchos de los hombres que militaron en las filas fascistas (como Pedro Laín Entralgo en España) o colaboraron con los nazis en la deportación de judíos durante la Segunda Guerra Mundial (Maurice Papon o René Bousquet en Francia, por ejemplo) en un intento de redimir del alguna manera su actuación: «hice cuanto estuvo en mi mano para mitigar la suerte o salvar la vida de quien pude»,<sup>7</sup> lo que no justifica ni redime nada.

Se podría situar en esa misma línea el hecho de que Ridruejo repita insistentemente que él no hizo nada para ascender en el aparato del partido, ni deseaba el mando en la toma de responsabilidades. Cada etapa de su ascenso va introducida por frases como: «Tenía 24 años cuando cayó sobre mí –sin que yo lo deseara ni poco ni mucho– el primer cargo ejecutivo de responsabilidad» (pág. 13); o «Me repugnaba el mando» (pág. 19); o bien «Es verdad que había tomado partido (...) pero nunca había imaginado que ascendería en él a una función directiva» (pág. 160). La elaboración del himno de Falange –el *Cara*

7. *Ibid.*

*al sol*-, en la que no niega haber participado, es presentada de tal modo que parece haberlo hecho por casualidad: «Aquella misma noche, por cierto, se escribió el himno falangista (...). Yo no asistí a la cena en Or-Kon-Pon. Llegué a los postres» (pág. 155). Cuando Serrano Suñer viaja a Berlín en 1941 y decide llevarlo con él, Ridruejo dice que no fue «más que un personaje de relleno» (pág. 375). Y de la conspiración contra la República que desembocaría en la guerra civil, dice haber conocido «poca cosa» (pág. 129).

Para terminar, señalaremos otra idea que subyace en sus páginas, también a lo largo de todo el relato; una idea que precede o es el resultado de la denominación de falangistas liberales con la que los comentaristas de la cultura de la postguerra denomina al grupo de intelectuales del partido en el que él jugó un papel preponderante; a saber que, detrás de la ideología fascista, había un sólido fondo liberal. «Mi oído era liberal, aunque mis convicciones del momento fueran fascistas» (pág. 191); en la misma página se lee que Tovar había sido formado en una mentalidad liberal; y Luys Santa Marina, escritor fascista barcelonés, «hablando parecía un fanático y actuando resultaba un liberal» (pág. 421). Aunque habría que preguntarse qué entiende exactamente Ridruejo por liberal, cuando se lee en su pluma que el embajador del gobierno del general Franco en 1941, en el Berlín nazi, es un liberal: «Pepe y Casilda, condes de Mayalde, amigos nuestros, son liberales, cariñosos y alegres».<sup>8</sup>

A pesar de la voluntad de esclarecer un pasado que, a todas luces, pesa sobre su conciencia, el texto presenta las diferentes etapas del recorrido vital de Ridruejo en claroscuro, como no podía ser de otra manera para que la persona pueda conservar el mínimo respeto de sí misma necesario incluso para un autoanálisis. Por otra parte, el claroscuro no disminuye un ápice el valor y la integridad moral del personaje. Pretender más rigorismo nos apartaría de una memorias para exigir una vida de santo y Ridruejo dice que «estos recuerdos no se escriben para un proceso de canonización» (pág. 390), a pesar de lo cual, se emprenderá después de su muerte un proceso que podría asimilarse a la canonización.

Ya se ha dicho cómo el diario *El País*, durante la Transición, lo proponía o lo presentaba como ejemplo a seguir en la defensa de las libertades, de una segura gallardía si hubiera estado presente durante el golpe de Estado frustrado de febrero de 1981. Detrás de estos elogios había muchas coincidencias entre el recorrido ideológico de Ridruejo y el de la burguesía liberal que se expresaba en el diario *El País*, puntal de la Transición, *sin ruptura*, de la dictadura a la democracia. En primer lugar, la opción política que había defendido en sus últimos años: sus proposiciones para pasar de la dictadura a la democracia se parecían mucho, con algunas variantes, a lo que se llevó a cabo en la realidad. En la introducción a *Casi unas memorias*, se lee:

Aprovechando aun la concentración de una autoridad del sistema, podrían precipitarse además las reformas estructurales (...). Con todo eso promoverse una reactivación de la opinión pública y un cierto entrenamiento para la vida civil responsable, desdramatizando las antiguas tensiones. Después podría procederse con serenidad a la reestructuración del sistema entero en vistas de una democracia efectiva. Si la opción monárquica se imponía, nada tan fácil como pasar a la vía de hecho. Si la opinión dominante se decidía por la fórmula republicana, bastaría con decretar la temporalidad de la jefatura del Estado, y cumplido el plazo concreto –que sería una verdadera etapa de dictadura constituyente– entraría a actuar, para la sucesión, el sistema electoral directo (pág. 33).

8. Dionisio Ridruejo, *Los cuadernos de Rusia*. Diario, Barcelona, Planeta, 1978, pág. 30 (a no confundir con un libro de poemas del autor, titulado *Cuadernos de Rusia*).

El texto está fechado en 1961, y el proceso de la salida del franquismo, excepto la posible opción republicana que Ridruejo incluye quizás porque Franco no había designado aún a Juan Carlos como su sucesor, se encuentran ya en él.

Pero había otra, que ocultaba el discurso de celebración de su persona, a nuestro parecer el motivo esencial por el cual se ensalzaba a Ridruejo. Ridruejo había pasado del fascismo más radical, a través del franquismo, a defender posiciones democráticas en opciones digamos de centro, desde su partido Acción Democrática. Ese era, con algunas variaciones, el camino que habían seguido las principales voces de *El País*, empezando por Pedro Laín Entralgo, uno de los accionistas del periódico, amigo y antiguo compañero de aventuras intelectuales fascistas, o José Luis López Aranguren, que también había acompañado a Ridruejo en alguna de sus empresas intelectuales; en cuanto al primer director del periódico, Juan Luis Cebrián, que no había hecho la guerra civil con los vencedores, como los anteriores, su origen y en cierta forma su recorrido lo emparentaba estrechamente con ellos: hijo de uno de los directores del diario *Arriba*, portavoz de Falange, había hecho sus armas en *Pueblo*, otro de los periódicos del llamado Movimiento, portavoz este de los sindicatos verticales del franquismo; Cebrián había sido incluso nombrado jefe de los servicios informativos de Radiotelevisión por un gobierno de la dictadura.<sup>9</sup> Sin embargo, aunque todos ellos habían trabajado, de una forma o de otra, por transformar el régimen, desde dentro, a veces a costa de su posición social, ninguno parecía poder tomarse como ejemplo de coraje o gallardía, ninguno tenía una estatura humana y política, una capacidad de resistencia o un coraje para confesar sus errores que justificara su designación como guía, la elevación a la categoría de héroe que necesitaban esos grupos sociales para proporcionar una dimensión histórica apropiada al proceso de cambio político que habían protagonizado. Dionisio Ridruejo sí poseía esa estatura, y, además, el hecho de que el personaje hubiera muerto facilitaba la atribución de un aura mítica.

Durante la Transición, la opinión general aceptó el cambio de sistema, tal como se le presentaba, como el mejor posible, pero el pasar de los años iban a cambiar los datos, y lo que durante años había aparecido como intocable, a saber, la amnesia del país sobre la guerra civil y el franquismo, con el tiempo iba a volver a ponerse en entredicho; la historia no puede olvidarse por decreto ni ponerse entre paréntesis, y se han vuelto a buscar y analizar datos sobre esos períodos a todos los niveles de la sociedad: historiadores, juristas o ciudadanos descendientes de los que tomaron parte en los acontecimientos, quieren examinar, volver sobre decisiones judiciales o saber simplemente qué pasó con sus padres, abuelos o parientes, pasando por encima de aquel pacto de silencio, a costa de enfrentarse con la cerrazón de los archivos, con la templanza del poder o con las vociferaciones de los que aducen que ese silencio es el que ha permitido a España tomar el camino de la democracia, lo que tiene todos los visos de una velada amenaza, ya que implica que si se rompe ese silencio, España volvería a radicales enfrentamientos de los que, aunque no se dice claramente en qué consistirían, se deja planear el peligro. En ese contexto de finales de la primera década del siglo XXI, el personaje de Ridruejo, suerte de ejemplo de reconciliación de esas dos Españas, vuelve a aparecer en el horizonte político intelectual del país.

El primer indicio sería que casi todos los textos suyos son reeditados a principios de los años 2000, lo que puede interpretarse como un renovado interés en el estudio del fas-

9. Puede que hubiera que añadir razones de tipo familiar, ya que en las memorias de Ridruejo uno de los apellidos que más aparece sea Echarri, el segundo de Juan Luis Cebrián.

cismo español o el franquismo, aunque ni esos textos son fundamentales para comprender el fascismo español y el primer franquismo, ampliamente estudiado por otra parte, ni lo son para comprender el franquismo posterior, del que se apartan; ni tampoco lo son para estudiar la resistencia a la dictadura, mucho más importante, aunque igual de ineficaz, en otros medios ideológicos. Además, si así fuera, habría que preguntarse por qué no se publican los de Rafael Sánchez Mazas al respecto, o los de otros miembros de Falange. Si a eso se añade que entre todos esos textos no se haya vuelto a publicar *Los cuadernos de Rusia – Diario*, anotaciones del soldado Dionisio Ridruejo a las órdenes de Hitler durante la campaña de Rusia, combatiendo en la División Azul, de la que fue uno de los creadores, editado solo en 1978, hay que buscar la respuesta en otro orden de ideas.

Podríamos pensar que el motivo de esas nuevas publicaciones estriba en los méritos literarios de la prosa y de la poesía de Ridruejo, ya que él afirmó siempre, como puede apreciarse en sus memorias, que antes que nada era un escritor. No cabe aquí una crítica profundizada de sus escritos, por lo cual nos limitaremos a consignar la opinión de dos estudiosos del tema. La primera, muy conocida, es la de Stanley Payne quien, en su libro sobre el fascismo español escribe, refiriéndose al fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, que «sus más inmediatos colaboradores eran amigos personales suyos y escritores de segunda fila»,<sup>10</sup> y entre esos amigos y colaboradores se encontraba Dionisio Ridruejo. Otro estudioso, este de la literatura, piensa que «Ridruejo mereció como pocos haber escrito un buen libro. Sus poemas de guerra hay que hacer un esfuerzo para leerlos solo cincuenta años después. Diríamos lo mismo del resto de sus versos. Ni siquiera sus cuadernos y diarios, de Rusia, de Cataluña, de Ronda, logran fintar las acometidas brutales del tiempo y el olvido».<sup>11</sup>

Habrá que buscar, pues, en otra parte los motivos de ese interés por Ridruejo a principios de los años 2000. Y el primer indicio aparece en un libro, al mismo tiempo del autor y sobre el autor, de Jordi Gracia, habitual colaborador del diario *El País*, en la sección de crítica literaria y catedrático de literatura en la Universidad de Barcelona. Se trata de un grueso volumen de textos (casi 500 páginas), publicado en 2005, 30 aniversario de la muerte de Ridruejo, compuesto de algunos de sus textos (prosa y verso), seleccionados y prologados por el catedrático barcelonés, y que, además de la edición en papel, se puede encontrar en Internet.<sup>12</sup> El primer dato que orienta en la búsqueda de los motivos de ese interés es el editor: Fundación Banco Santander Hispano. A la lectura del prólogo vamos a encontrar otros.

La intención declarada es «componer una biografía intelectual y política» de Ridruejo ofreciendo una antología de sus textos, se supone que los más significativos, que es como se compone generalmente una antología. Pero el antólogo no nos va a explicar cuáles han sido sus criterios de selección o de presentación de los textos; el prólogo es una presentación de Ridruejo desde una perspectiva que roza el panegírico, y que aunque pretende no ocultar su radical deriva fascista lo hace en realidad para mejor subrayar la ejemplaridad de su recorrido vital hasta llegar a su compromiso con las ideas democráticas, recorrido y persona que, a juicio de J. Gracia, deben ser rehabilitados como «valor modélico» en la España que pasa de la dictadura a la monarquía parlamentaria. Según el autor del prólogo, los hombres de la Transición habían evitado tomar a Ridruejo como modelo, debido a que resultaba incómodo porque «a todos exigía demasiadas explica-

10. Stanley G. Payne, *Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965, pág. 43.

11. Andrés Trapiello, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Planeta, 1994, pág. 212.

12. Dionisio Ridruejo, *Materiales para una biografía*, Selección y prólogo Jordi Gracia, Fundación Santander Central Hispano, 2005.



ciones». Ya hemos indicado anteriormente que, por el contrario, Ridruejo fue tomado como modelo de la Transición, al menos por la burguesía liberal que se expresaba en el diario *El País*. Como J. Gracia forma parte de ese periódico, y, además, su profesión es la de investigador y no puede ignorar por ello los repetidos homenajes que se le rindieron en ese período (inauguración por ministros de centro de estudios, amén de calles y colegios bautizados con su nombre en diferentes ciudades españolas<sup>13</sup>), nos podemos preguntar si su intención no es, ahora que el pacto de silencio de la Transición empieza a resquebrajarse, volver a poner en primera plano, subrayando lo que se denomina como virtudes, ese recorrido político, que fue, en cierta forma, el de la clase dirigente que protagonizó aquel proceso político.

3. Por ejemplo, en junio de 1981, se presenta al público, en presencia del ministro de Justicia, Francisco Fernández Ordóñez, el Centro de Estudios Dionisio Ridruejo. Y existen calles con su nombre al menos en Oviedo, Madrid y Soria, aparte de en El Burgo de Osma, donde nació.

Sin embargo, tanto desde el punto de vista político como intelectual, es difícil considerar el paso de la extrema derecha al centro del espectro ideológico como un modelo de comportamiento, incluso si se realiza bajo una dictadura. Quizás por ello, J. Gracia advierte que el valor de modelo de Ridruejo hay que buscarlo «más allá de su sentido estrictamente político», y va a desviar su discurso de ese terreno para encaminarlo por las vías más fácilmente ejemplares de la cultura occidental. Así, el paso del fascismo al liberalismo de Ridruejo se convierte en un aprendizaje que lo lleva a vivir en «la ancha horquilla humanista de tradición ilustrada», categoría intelectual que va a doblarse de una indiscutible calidad moral, en un terreno como el de la política en el que esta calidad no es abundante: el principal atributo de Ridruejo será su integridad; una integridad que lo acreditará como «ejemplo moral (...) para muchos compañeros de armas y de edad (...) y para otras camadas mucho más jóvenes». J. Gracia titula su prólogo *La aventura de la integridad*, y la palabra integridad aparece cinco veces en cuatro páginas. A la calidad moral vendrá a añadirse la literaria, que se sumará a la «tradición ilustrada»; hay que subrayar, escribe J. Gracia, «la excepcional calidad de su prosa». Para hacer admitir más fácilmente tal afirmación, que no parece concordar con las apreciaciones sobre su calidad de escritor comúnmente admitida, la matiza afirmando a continuación que la prosa de Ridruejo «está por encima de su sobreestimada poesía de juventud», lo que, *strictu sensu*, no quiere decir gran cosa.

Sin embargo, J. Gracia debió pensar que la silueta que esbozaba de Ridruejo en este prólogo a una antología de sus textos, así como esos textos, no eran suficientes para dibujar al personaje con la estatura que él lo veía, o que consideraba que debía verse, y, tres años después de la antología, publica un nuevo libro sobre Ridruejo con el título *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*.<sup>14</sup> Desde las primeras páginas del libro, J. Gracia confiesa su entusiasmo y admiración (con esas palabras) por el personaje sobre el que está escribiendo. Pero no se puede hablar de biografía ante un libro como este; el autor parece darse cuenta de la duda o perplejidad que el lector puede experimentar a la vista de un texto como el suyo, ya que intenta despejar cualquier equívoco advirtiendo que no se trata de «novela ni novelaría, ni [juega] en fronteras de género alguno ni (...) en conjeturas de novelista tentativo» (pág. 16). No obstante, el personaje que aparece a lo largo de las trescientas páginas del texto, lo hace magnificado como un héroe de novela, y eso desde el comienzo: Ridruejo es «un hombre más metódico y meticuloso de lo que su buena crianza le permitía exhibir, siempre más dado a la *nonchalance* por coquetería y vanidad, siempre a medio camino entre la elegancia desgana y el barniz narcisista de un caballero caste-

14. Jordi Gracia, *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Barcelona, Editorial Anagrama, 2008. Las páginas entre paréntesis que aparecen a continuación pertenecen a esta edición.

llano con soberbia de vieja escuela y muy escaso orgullo pueril» (pág. 16). J. Gracia dice no querer escribir una novela, pero explicita que su biografiado es un héroe de novela: «Actúa entonces con el viejo sentido del honor [y] toma la decisión que tomaría un héroe de novela» (pág. 66), nimbándolo así con el halo del mito. En realidad no se trata de una biografía sino de una hagiografía, y el primer signo de ello aparece inmediatamente: la vida de Ridruejo que intenta rescatar el libro empieza en 1942, cuando Ridruejo tiene 30 años. Para una biografía parece un poco tarde, y la única explicación que se da es que «lo peor ha pasado ya» (pág. 19). ¿Lo peor de qué o para qué? Se puede entender que se trata de los años de militancia fascista, durante la república y la guerra civil, porque en la España del primer decenio del siglo XXI, la ideología fascista es difícil de justificar. El libro no dejará, sin embargo, de evocarla, intentando demostrar quizás con ello que no pretende ocultar ninguna de las facetas del personaje; pero lo hará con una clara voluntad de no resquebrajar mucho la imagen de héroe que pretende dar con el libro. Así, Ridruejo, «caballero poeta, falangista y romántico» (pág. 43), a partir de 1957 se sintió siempre culpable de haber sido fascista; por otra parte, fue un «caballero en busca de un ideal puro» (pág. 20), además de ser un «falangista revolucionario» (pág. 33), guiado por «ambiciones revolucionarias» (pág. 23), siempre «leal al instinto de revolución» (pág. 29). Es evidente que la insistencia en calificar a Ridruejo de revolucionario no puede ser anodina; apareciendo, como aparece, sin la más mínima referencia histórica a lo que de siniestro tenía esa revolución fascista por la que Ridruejo pretendía luchar; habría que admitir que el calificativo, que tomado así, en forma absoluta, aparece con una connotación positiva, ya que sugiere un cambio radical en las estructuras arcaicas de la España de la época, está encaminado a difuminar la negatividad con que se visten hoy sus ideas políticas. La imagen así dibujada entra, por otra parte, en una suerte de «tradición» creada, o intentada, por ciertos estudiosos, comentaristas o articulistas de la historia de España de la segunda mitad del siglo XX (en particular de la cultura), algunos de ellos antiguos falangistas. En muchos de esos textos se lee, como calificativo, «falangistas de buena voluntad», «falangistas idealistas» o «falangistas que creían en las ideas que defendían», con la evidente voluntad exculpatoria de separar a estos falangistas «puros» de los que olvidaron pronto sus «ideas revolucionarias» para beneficiarse de las prebendas que les ofrecía Franco; ninguno de esos textos parece tener en cuenta lo que significaba esa «revolución», de los que los ejemplos italiano y alemán habían mostrado claramente el alcance y la naturaleza.

En este mismo orden de ideas, J. Gracia deslizará otro «argumento», que, aunque no aparece directamente ligado a la actuación política de Ridruejo, no puede por menos que relacionarse con ella. Refiriéndose a la entrada de las tropas de Franco en Barcelona, en 1939, en la que Ridruejo participa con otros notables del franquismo, aspirando a que sea «una ocupación inteligente» (no explica la significación del calificativo), se habla de los miembros del POUM, «liberados con tanto miedo a las tropas franquistas como a las armas comunistas, porque en la casa de Ignacio Hidalgo de Cisneros (...) sospechan que ha sido asesinado el jefe del POUM» (págs. 36-37). La frase no tiene ni pies ni cabeza, porque no se libera a alguien a algo, sino de algo o es liberado por alguien, pero no es eso lo importante; lo que se pretende poner en evidencia es el hecho de que los hombres de izquierda, aquí el comunista Hidalgo de Cisneros, son también autores de atrocidades. Los horrores de unos y de otros equilibran los platillos de la balanza y nadie puede acusar a nadie de

nada porque todos son (o somos) igualmente culpables. El argumento fue empleado por el franquismo y durante la Transición por los hombres que habían trabajado con la dictadura antes de convertirse a la democracia.

Pero hay otro escollo importante que sortear antes de que Ridruejo empiece el largo camino que lo llevará a la democracia: su lucha en Rusia con las tropas de Hitler en la División Azul, que deseó y promovió. Ridruejo consignó en un diario esta experiencia, pero no publicó este texto mientras vivió. Se trata de un diario en el que el autor anota las menudencias de la vida de un soldado, la camaradería o la participación en algunos combates de la *Werhmacht* en lo que se ha llamado la batalla de Leningrado, con no muy numerosas reflexiones políticas. Aunque algunas son lo suficientemente claras para hacerse una idea exacta de cómo pensaba Ridruejo entonces. Refiriéndose a una entrevista del general Muñoz Grandes, jefe de la División Azul, con Hitler, Ridruejo anota en septiembre de 1941: «El general ingenuo, un poco pueril, aunque celoso de su empresa española. El jefe político –el dueño de Europa hoy– afable, cauto y protectoramente generoso. (...). Creo que este hombre genial, al que sinceramente admiro puede hacer todo el bien y todo el mal que jamás le haya sido dado hacer a un hombre».<sup>15</sup>

15. D. Ridruejo, *Los cuadernos de Rusia*, Barcelona, Planeta, 1978, págs. 53-54.

En sus memorias, Ridruejo se refiere a este episodio de su vida de una forma más general, expurgando su comentario de cualquier signo de entusiasmo por el Führer. Admitiendo que en su alistamiento como voluntario en las tropas de Hitler tenían un carácter ideológico, ya que para él «el fascismo podía representar el modelo de una Europa racional», el acento recae en motivos personales, y su juicio positivo sobre la campaña tiene en primer lugar una raíz íntima: «Biográficamente la campaña de Rusia fue para mí una experiencia positiva» (pág. 24). Desde este punto de vista biográfico enfocará J. Gracia la aventura rusa de Ridruejo cuando lo aborde en su libro, añadiendo y poniendo el acento en un aspecto al que Ridruejo hace alusión veladamente: sus problemáticas relaciones amorosas con Marichu de la Mora Maura, mujer casada, perteneciente a la alta sociedad madrileña, compañera y amiga de los fascistas españoles con los que trabajó desde los comienzos de su andadura política.

J. Gracia no deja de consignar «la ceguera ideológica» de Ridruejo «que no le había dejado sacar las conclusiones necesarias» sobre el nazismo, o el no haber hecho caso de «lo que le decían sus mismísimos ojos» a la vista de «los cadáveres ambulantes» de judíos que cruzó en su camino hacia Novgorod (pág. 24). Pero pronto deja de lado esas consideraciones para centrarse en los sentimientos del personaje sobre la vida cotidiana en los acuartelamientos o la higiene, y, sobre todo, sobre las relaciones epistolares con la lejana amada (que, como en las novelas, son complejas y difíciles), poéticamente bautizada Áurea, quien, según Ridruejo, se ha convertido «en algo así como en la inspiración y la esperanza supremas y exclusivas» (pág. 77). Ridruejo le escribirá largas cartas casi diariamente, «porque espero y quiero –escribe– que me des esperanzas, las únicas mías» (pág. 78). Incluso los poemas que Ridruejo escribe en Rusia dedicados a España habría que leerlos, según J. Gracia, en clave de Marichu: «Los poemas de la nostalgia de España en Rusia mienten a favor de la nostalgia de Marichu y es el propio Ridruejo quien le da a ella las instrucciones de lectura de un soneto que canta a “España toda aquí, lejana y mía”, y cuyo final no trata de España sino de ella, “esta pujanza/de amor que se impacienta y acompaña/la fe y la duda de volver a verte”» (pág. 80).

El amor, la impaciencia por entrar en acción en una guerra desvinculada de su contingencia histórica, sentida, en una suerte de instinto primitivo y gregario «como algo que a veces emociona estranguladamente la garganta al contemplar por ejemplo en una curva la columna a la que uno pertenece» (pág. 81), la convalecencia de una afección pulmonar durante el invierno 1941-1942, alojado en el lujoso hotel Adlon de Berlín, durante la cual callejea por Berlín o asiste a la ópera o cena con su amigo el conde de Mayalde y su mujer, embajadores de Franco en la ciudad... rasgos que siguen dibujando la silueta del romántico héroe de novela (o de película) con que quiere presentárnoslo J. Gracia. Leído el texto a la luz de los datos históricos existentes sobre la batalla de Leningrado, en la cual participó la División Azul, la imagen empieza a deshacerse. Cuando se lee en la pluma de Ridruejo sobre esa batalla, en la cual participa como voluntario, que siente que la guerra «es un poco menos atroz para el soldado, para el hombre como tal, si se sabe encontrar en ella el valor que tiene su propio despojo de toda circunstancia adjetiva, el calor de la camaradería, el descubrimiento casi animal de la necesidad del otro»<sup>16</sup> y se aprende que durante el sitio de Leningrado, que duró 900 días, murieron centenares de miles de personas –632.254 fue la cifra dada en el juicio de Nuremberg, otras fuentes dan más de un millón–, en una ciudad destrozada por los bombardeos, en la que las temperaturas bajaron a más de menos 30 grados, en el invierno 1941-1942, sin calefacción, sin apenas víveres –se ha hablado incluso de canibalismo–, todas esas consideraciones no puede por menos que aparecer como una siniestra retórica.

Pero J. Gracia dice que su historia comienza en 1942; la evocación de los años anteriores de la vida de su biografiado quizás pueda explicarse por la voluntad de poner de relieve el valor de una persona que efectuó un giro de 180 grados en su visión del mundo. 1942 marca el comienzo de la larga andadura de Ridruejo desde el fascismo al pensamiento democrático. Ridruejo escribe ese año una carta a Franco (25 de julio de 1942) en la que expresa su desacuerdo con su régimen, porque «el dictador no puede ser un árbitro de fuerzas que se contradicen, sino el jefe de la fuerza que encarna la revolución»,<sup>17</sup> sobreentendiendo nacional-sindicalista, y pocos días después presenta su dimisión de los puestos de mando del partido único, FET y de las JONS. El dictador no tarda en reaccionar, y Ridruejo será inmediatamente desterrado a un lugar apartado del sur de España, a Ronda. A partir de este momento, la carrera política de Ridruejo se desarrollará primero en el margen del franquismo y luego en la oposición.

No se puede poner en duda que la posición que adopta Ridruejo de renunciar a la boyante carrera política que tenía por delante en un régimen que acababa de comenzar necesita coraje y rectitud e, indudablemente, una gran honestidad intelectual para seguir siendo fiel a unas ideas de las que el dictador se había servido para conquistar el poder, pero que había relegado una vez en él. Ridruejo conocía bien un régimen que había contribuido en gran medida a elaborar, y no podía ignorar lo que arriesgaba enfrentándose con el dictador, con quien ya lo había hecho en 1937, en Salamanca, en el momento de la creación del partido único FET y de las JONS, del que se había auto designado jefe supremo. J. Gracia presenta este primer enfrentamiento como altamente peligroso, ya que, dice, Franco no lo fusiló sin contemplaciones por «amabilidad» (pág. 21).<sup>18</sup> Ridruejo sabía, sin embargo, que en ninguno de estos dos enfrentamientos arriesgaba su vida; era consciente de que, en 1942, se jugaba su carrera política y no ignoraba que tendría que

16. Ridruejo, *Casi unas memorias*, pág. 24.

17. *Ibid.*, pág. 560.

18. A la vista de lo que realmente pasó en Salamanca en 1937, cuando Franco unificó Falange y Tradicionalismo, la afirmación parece exagerada. Aunque quería demostrar que era él quien tenía en sus manos el poder supremo, Franco sabía que no le convenía enfrentarse demasiado radicalmente con las fuerzas que lo estaban apoyando en la guerra, y aunque lo condenó a muerte, no fusiló ni siquiera a Manuel Hedilla, el jefe falangista que se opuso con más firmeza a la fusión de Falange con los Tradicionalistas. Por otra parte, la mayoría de los mandos falangistas tampoco querían oponerse radicalmente a Franco, jefe supremo de las fuerzas que se habían rebelado contra la República. Cf. Stanley G. Payne. *Historia del fascismo español*, cit.

afrontar enormes dificultades en su vida cotidiana o en su oficio de escritor, pero sabía también que, si no un ancho camino, podría encontrar una vereda para ir andando; conocía demasiado bien los entresijos del régimen, a la mayoría de los hombres que estaban en el poder, muchos de los cuales le debían su puesto, para temer por su existencia. La lectura de sus memorias no deja planear ninguna duda al respecto; refiriéndose a su confinamiento en Ronda, Ridruejo comenta que «la medida (...) incluía alguna deferencia, pues el número de lugares desagradables, feos y climatológicamente abominables de que dispone la península es abundante. Quizás no pesó en el ánimo de S.E. el dato de que Ronda es una ciudad muy adecuada –estéticamente para un poeta–, pero sin duda pesó la consideración de que sus aires se consideraban como muy saludables» (pág. 399). Si en el comentario puede quizás encontrarse una ligera ironía, no la hay en el hecho de que, entre 1942 y 1952, Ridruejo visitara a Franco tres veces; con la particularidad de que, en la de 1947, dice que ni Franco ni él hicieron alusión a su condición de confinado, añadiendo que «acaso [Franco] había olvidado» (pág. 29) la sanción que le había impuesto. Dejando de lado el que entrevistarse con Franco no le estaba permitido al más moderado de sus oponentes, y conociendo el rencor con que el dictador persiguió a sus enemigos hasta su muerte, la aseveración parece un amable eufemismo para designar el hecho de que, en realidad, el general no consideraba a Ridruejo como un verdadero enemigo.

No se trata aquí de recorrer la biografía de Ridruejo buscando contradicciones o zonas de sombra a las que, como se ha indicado más arriba, todo ser humano debe recurrir para no perder un mínimo aprecio de sí mismo, más allá de cualquier pretendida lucidez sobre su recorrido vital, y Ridruejo va todo lo lejos que le es posible; pero cuando se comparan las reales dificultades de Ridruejo, que sus influyentes amigos, desde sus importantes cargos en el régimen, allanarían en gran medida –corresponsal de la llamada prensa del Movimiento en Italia a finales de la década de 1940, o el trabajo que la proporciona su amigo Ramón Serrano Suñer en Radio Intercontinental, de la que era accionista, por solo citar dos ejemplos–, con las sufridas por los que el franquismo consideraba realmente como sus enemigos –expulsión sin contemplaciones de todo tipo de magisterio, torturas, largos años de prisión, como los 23 años de cárcel del poeta comunista Marcos Ana, por ejemplo, etc.–, el ostracismo y las vicisitudes de Ridruejo adquieren una relatividad que les proporciona su verdadera dimensión. Ello no quita ni un ápice de valor a la conducta y al coraje intelectual y moral del hombre que no dudó un momento en reconocer sus errores, en afrontar la culpa que estos le procuraron durante largos años, o a su trabajo para desviar a la sociedad española del camino por el que había contribuido a encauzarla. Pero, a nuestro parecer, ese valor no justifica la voluntad de hacer de él un modelo en el trabajo de democratización de la sociedad española, en el que abundaron los nombres en los cuarenta años de dictadura, y en el que muchos de ellos se jugaron la vida y algunos la perdieron. ¿Qué es, pues, lo que hace que J. Gracia haga de Ridruejo el ejemplo en el que los españoles deben mirarse? La vida de Ridruejo, escribe, «es mucho más nuestra de lo que estaríamos dispuestos a aceptar: su fondo liberal, su madurez emocional, su sentido del deber, su sublimación civil de una culpa política que ni ocultó ni atenuó» (pág. 17). El plural del posesivo, cuyo referente es al mismo tiempo inconcreto (¿todos los lectores del libro?, ¿solo los lectores que están de acuerdo con el que escribe?) pero que, implícitamente, dado el discurso general del libro, podemos extender a todos los españo-



les demócratas, proporciona una indicación sobre la voluntad del autor de hacer de Ridruejo un modelo de la España democrática. En efecto, podría decirse que la mayoría de la sociedad española «colaboró» con el franquismo, ya que no lo derrocó por la fuerza, antes de erigir como vía de convivencia social la democracia. Ridruejo deviene así una suerte de paradigma de esa sociedad; su coraje, su valentía en su apartamiento de la dictadura revierten sobre la sociedad de la que forma parte, convirtiéndose así en ejemplo. J. Gracia hace con Ridruejo algo muy parecido a lo que éste, refiriéndose a los receptores de los textos que escribió a mediados de la década de 1960, dice: «propenden a inventar héroes (...) para descargar en la excepcionalidad constitutiva o biológica del héroe la responsabilidad de ser consecuentes con valores tan elementales como desactivar las mentiras del poder» (p. 18); de cualquier poder, habría que añadir, ahora que el poder absoluto no está solo en unas manos, como durante la dictadura.

Jordi Gracia es libre de elegir a sus héroes y de repartir sus admiraciones como mejor pueda o le parezca, pero la historia no se escribe con emociones, sentimientos de admiración o exaltaciones de actitudes o actos de personas, sin someter a estos a rigurosos contrastes que eviten distorsiones o interpretaciones interesadas. El libro de J. Gracia no tendría mayor importancia que la expresión de un sentimiento personal si no se inscribiera, como es el caso, en la línea de una voluntad expresada ya treinta años antes. Nos hemos referido a la posición del entonces director del diario *El País*, que hacía a Ridruejo un símbolo para los españoles demócratas. El libro de J. Gracia se produce en el seno del mismo grupo social, el más poderoso en el ámbito de la difusión de ideas, la mayoría de las cuales han llegado a convertirse en referencia en la andadura democrática del país. J. Gracia consigna en las primeras páginas de su libro una llamada de Javier Pradera –persona importante, como se sabe, en *El País*– pidiéndole que haga algo para el treinta aniversario de la muerte de Ridruejo, y la sugerencia de Javier Cercas, otro de los colaboradores del periódico, de escribir una biografía para conmemorar ese aniversario. Tal insistencia en la figura de Ridruejo no puede tomarse como una trivial celebración más, aunque en el actual horizonte mediático abundan las conmemoraciones de todo tipo. Por una parte, entre los accionistas e importantes colaboradores de *El País*, había amigos y colaboradores de Ridruejo de su período fascista (Pedro Laín Entralgo o Antonio Tovar, por ejemplo); por otra, Ridruejo presentaba también un reflejo ejemplar para los que habían militado y abandonado un totalitarismo de signo contrario, el comunismo (Javier Pradera, por ejemplo). Y, sobre todo, Ridruejo, con su trabajo y sus proposiciones políticas, representa en la sociedad española el ideal de la Transición, del paso sin ruptura de la dictadura franquista a la monarquía parlamentaria, opción que defendió, con todos sus medios, que eran muchos, el diarios *El País*, y de la que se convertiría en uno de los principales portavoces.<sup>19</sup> Ahora que el modelo de Transición es puesto en entredicho y empiezan a salir a la luz lo que en aquellos años quedó sepultado bajo el llamado pacto de silencio –la guerra civil y el franquismo–, la hagiografía de J. Gracia y sus prólogos y exhumaciones de los textos de Ridruejo ponen otra vez en primer plano a una figura que, enfocada desde su ángulo ejemplar, valoriza la Transición tal como se hizo, y ayuda a exorcizar el temor de una sociedad a enfrentarse con su historia, continuamente evocada por unos como peligro de caer en los antiguos demonios y obviada por otros por inciertos y oscuros temores; operación en la que unos y otros, pero no la Historia, parecen encontrar sus ventajas.

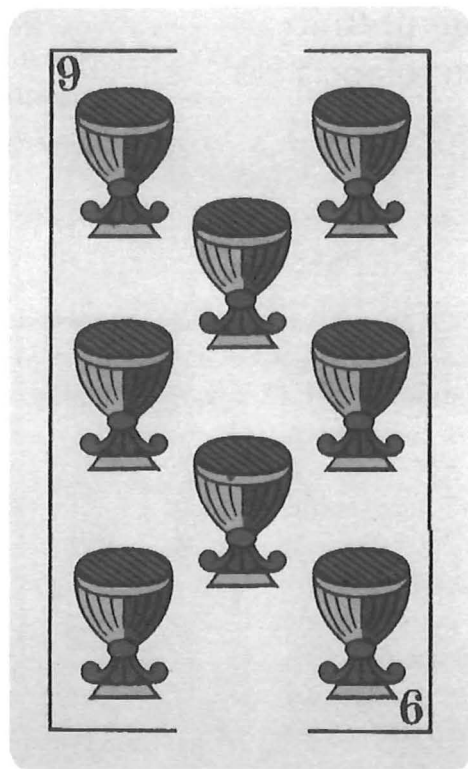
19. Cf. Luis Negró Acedo, *El diario El País y la cultura de las elites durante la Transición*, Madrid, Foca, 2006.

Hacer de Ridruejo un modelo de la democracia española es leer la historia de una forma interesada; su valor o su integridad moral no son suficientes méritos para ello, en una sociedad en la que, durante cuarenta años, abundaron los casos, más o menos anónimos, de coraje e integridad moral. Por otra parte, esa ejemplaridad tiende a añadir un elemento más, pretendidamente bien justificado, a una idea, aunque no claramente formulada en la sociedad democrática española, sí sobreentendida; a saber, que los vencedores de la guerra civil lo fueron de una vez por todas, que todo lo que representaban los vencidos, para bien o para mal, quedaría desterrado *sine die*. La ejemplificación de Ridruejo, que quizás él no hubiera aprobado, no puede limitarse solamente a sus posiciones políticas después de su abandono del fascismo, a su lucha contra el franquismo, como puede deducirse de la lectura de sus memorias, que podrían haber sido escritas, en su mayor parte, por cualquier intelectual falangista, o servido de modelo a un héroe de novela falangista,<sup>20</sup> implica también un recorrido vital que da la espalda a las corrientes críticas del pensamiento español que se desarrollan a partir de mediados del siglo XIX; a ese pensamiento que procedía del racionalismo del siglo de las luces y que intentó introducir la modernidad en España; a todo lo que los sublevados contra la república intentaron arrancar de raíz y que muchos españoles no quieren tirar por la borda; a esa actitud intelectual que, sin ánimo de hacer con ello un contra-héroe, mejor expresa uno de los más legítimos representantes de la tradición ilustrada: Manuel Azaña, uno de cuyos principios en su análisis de la historia de España era someterla «al correctivo de la razón», porque a nadie se le ocurre, añadía, pedir luces al entusiasmo para resolver una ecuación.<sup>21</sup> ■

20. Cf. a este respecto la novela *Leoncio Pancorbo*, de José María Alfaro (otro falangista accionista y colaborador de *El País*).

21. Citado por Santos Juliá, *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008.

Joan Brossa.  
Poema visual (1970).



*ESPANYA*